

## FORMACIÓN DE NUEVAS GENERACIONES DE CATÓLICOS COMPROMETIDOS EN LA POLÍTICA

+ Mario Toso

Nunca antes como en nuestros días, los sumos Pontífices han insistido tan abundantemente sobre la urgencia de formar nuevas generaciones de católicos comprometidos en la política. Basta pensar a los recientes llamados del Papa Francisco e incluso antes, de Benedicto XVI. Pero no podemos olvidar las solicitaciones del Beato Juan XXIII, ya presentes en la *Mater et magistra* y en particular en última parte de la *Pacem in terris*, de la cual estamos celebrando el 50º aniversario.<sup>1</sup>

Las razones de una tal apremiante y repetida invitación se no conectan exclusivamente a las profundas *transformaciones sociales* de nuestro tiempo y, sobre las cuales volveremos más adelante: la globalización, la crisis financiera, la crisis del estado social y democrático, la crisis ambiental, la civilización digital, las nuevas ideologías: consumistas, neo-utilitaristas, neo-individualistas, tecnocráticas e incluso las razones de tipo *ontológico-existencial* y *teológico-pastoral*. Recordamos que la política es una *dimensión fundamental* de la existencia humana porque las personas son *estructuralmente seres sociales y solidarios* llamados a realizar el bien común. Además, la política pertenece a la *vocación cristiana*. Los creyentes sean solo ciudadanos comunes o clases dirigentes en cuanto insertados en la vida de Cristo están llamados a vivir la dimensión política con el *mismo amor* de Cristo, que es el *ágape*, un amor *desbordante de verdad*.

Sobre la base de estas prospectivas antropológicas y teológicas la Iglesia con su *enseñanza pastoral*, exhorta a los católicos a comprometerse aún más en este campo, porque se advierte en el servicio social y político una de las formas más altas de testimonio y de caridad. Como lo había ya relevado Pío XI en un famoso y recordado discurso dirigido a los universitarios católicos de su tiempo, afirmando que éste es el «campo más amplio de la caridad, la caridad política, en la cual no se podría decir ninguna otra cosa, que sea más alto, fuera de la religión».<sup>2</sup>

Entre las razones *históricas y contingentes* de la urgencia de formar *nuevas generaciones* de católicos comprometidos en la arena pública está el deterioro de la política misma y de la democracia, muchos estudiosos hablan ya de post-democracia, para indicar que la democracia en general ha entrado en una fase de distorsión

---

<sup>1</sup> Cf JUAN XXIII, *Pacem in terris*, edición castellana curada por el Pontificio Consejo «Justicia y Paz», Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2003, n. 146. Texto latino original en *Acta Apostolicae Sedis* (AAS) 55 (1963) 257-304.

<sup>2</sup> «L'Osservatore Romano» (23 de diciembre de 1927) 3.

*oligárquica y populista* caracterizada por la fractura entre sociedades civiles e instituciones públicas, de gestiones del poder en términos decisionistas sobre pasando los cuerpos intermedios.<sup>3</sup>

En particular, asistimos actualmente a un *déficit* de política, en el sentido de que, post-modernas impostaciones culturales cómplices, que separan la ética personal de la ética pública, y que arrojan hacia un deletéreo individualismo autorreferencial, la política parece haberse alejado de sus finalidades primarias, entre las cuales está fundamentalmente el servicio al bien común. La política, afirma de manera incisiva el Cardenal Bergoglio en su reciente ensayo, *Nosotros como ciudadanos, nosotros como pueblo*,<sup>4</sup> escrito en ocasión del bicentenario de la Nación argentina, – el cual será citado en diversas ocasiones –, se ha transformado frecuentemente en un instrumento de lucha por un poder subordinado a intereses individuales y sectoriales, de conquista de puesto y espacios más que de gestión de procesos, de exhibición de personajes privados de contenido y de propuestas de discusión infinita de cuestiones opinables, como si la existencia de los países dependiera de ella. No ha sabido erradicar desigualdades y pobreza, flagelos que se han agravado en este momento histórico caracterizado por una crisis financiera y económica planetaria que pareciera no tener final.<sup>5</sup> Al respecto, subraya el card. Bergoglio, se constata una derrota colectiva con una responsabilidad de igual manera colectiva.<sup>6</sup> El *déficit* de la política es responsabilidad de todos, ciudadanos y representantes. El aspecto político de la vida, en efecto, comprende a todos y es responsabilidad de todos.

Más aun, es necesario reconocer una mayor responsabilidad de parte de quien representa al pueblo. En efecto, la situación del déficit de la política llama en causa de manera peculiar aquellos a quienes ha sido demandada la incumbencia de gobernar los ámbitos que más inciden en la realidad cotidiana, dado que no todos los ciudadanos pueden ocuparse directamente de la cosa pública.

En la reforma de la democracia, en la formulación de proyectos de desarrollo integral e inclusivo, en comunión con el pueblo, el rol de las clases dirigentes es crucial. He aquí, entonces, la urgencia de hombres políticos preparados que estén a la altura de los desafíos que deben afrontar,<sup>7</sup> que no se coloquen a una distancia sideral del pueblo, sino que sepan asumir las instancias más urgentes. No puede y no debe existir divorcio entre gobernantes y pueblo, entre élite y ciudadanos. “La dirigencia, muchas veces, suele

---

<sup>3</sup> Cf p. ej.: R. DAHRENDORF, *Dopo la democrazia*, Laterza, Roma-Bari 2001; C. CROUCH, *Postdemocrazia*, Laterza, Roma-Bari, 2009.

<sup>4</sup> J. M. BERGOGLIO, *Nosotros como ciudadanos, nosotros como pueblo. Hacia un Bicentenario en justicia y solidaridad 2010-2016*, Editorial Claretiana, Buenos Aires 2011, tr. it.: *Noi come cittadini. Noi come popolo. Verso un Bicentenario in giustizia e solidarietà 2010-2016*, Libreria Editrice Vaticana - Jaca Book, Ciudad del Vaticano-Milán, 2013.

<sup>5</sup> Cf *Noi come cittadini. Noi come popolo*, p. 31.

<sup>6</sup> Cf *ib.*

<sup>7</sup> Cf *ib.*, p. 30.

formarse en ambientes y perspectivas ajenas al sentir popular y a esta diferenciación “cultural” se le ha sumado el factor económico que ha cooptado el poder dirigente».<sup>8</sup>

Análogas reflexiones se pueden encontrar en Christopher Lasch. Las *élite* de la lenta modernidad, valga a decir aquellas que definen los temas del debate público y condicionan las decisiones colectivas, «han perdido – escribe él – el contacto con la gente normal».<sup>9</sup> Viven en un mundo aparte, una esfera separada, falsamente cosmopolita, constituida por consumos absurdos y modas que son fin a sí mismas. Sin lugares donde compartir la vida con aquellos a quienes deberían representar y sin más horizontes comunes, al interno de los cuales moverse y orientarse en vista de la toma de decisiones colectivas. Sobre todo, privados de virtud cívica, luego del triunfo de la falsa certeza liberal de «que bastan las instituciones, en oposición al carácter, a proveer de toda la virtud de la cual tiene necesidad la democracia».<sup>10</sup> Consecuentemente, «la virtud ha abandonado las *élite*, su carácter se ha deteriorado y corrompido, y el descrédito es el resultado de su irresponsabilidad».<sup>11</sup>

Pero, la crisis de la política y de la democracia – crisis de proyectualidad y de representatividad, crisis de *leadership* y de participación, crisis debida a la fragmentación moral y cultural, a la incapacidad de encontrar nuevas síntesis políticas, al primado de las finanzas, sobre todo, a la corrupción y a la ilegalidad –, se acompaña con frecuencia de una sensible *irrelevancia cultural y política* de los católicos de frente a los problemas cruciales, respecto a los cuales deberían permanecer vigilantes y propositivos, e incluso a la distancia entre acción política y fe, que puede transformarse incluso en anti-testimonio. Predomina, frecuentemente, una «filosofía» de la diáspora, por la cual los católicos, de frente a los problemas epocales que requerirían una mayor unidad, parecen proceder en un orden disperso en dicha arena política – las instituciones nacionales e internacionales – que es cada vez más determinante al decidir políticas públicas, orientaciones de valores, principios y reglas de casi todas las relaciones sociales. Dicho con otras palabras, además de la crisis de la política y de la democracia, los católicos deben afrontar también el desafío de pensar, organizar y actuar la más eficaz modalidad para hacer viva y vital, reconocible y apreciada la propia presencia pública. El mismo catolicismo social, por tanto, tiene necesidad de que en la política exista también una *leadership* católica.

He aquí, por tanto algunas razones por las cuales los pontífices y los obispos invitan a que se dé inicio a la formación de nuevas generaciones de católicos en vista de su consciente e incisivo involucramiento en la gestión de la *res publica*.

---

<sup>8</sup> *Ib.*, p. 31.

<sup>9</sup> Cf CHR. LASCH, *La ribellione delle élite. Il tradimento della democrazia*, Feltrinelli, Milán 2001, referido en la p. 56 en el volumen de REVELLI, *Finale di partito*, Einaudi, Turín 2013, también aquí sin indicar la página de la citación.

<sup>10</sup> M. REVELLI, *Finale di partito*, p. 57.

<sup>11</sup> *Ib.*

Las universidades católicas, como también las Facultades eclesiásticas y los Seminarios de acuerdo a la propia especificidad, están llamados a contribuir en la formación de estas nuevas generaciones de cristianos empeñados en este campo, sobre todo ayudando a crear, en el actual contexto de nihilismo que erosiona los parámetros antropológicos y éticos del vivir político, un *nuevo pensamiento*, una *nueva síntesis humanística* y una *nueva proyectualidad*, como solicitado de la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI.<sup>12</sup> Sobre todo, deben ofrecer los *instrumentos* de un conocimiento global, abierto a la *fraternidad* y a la *trascendencia*, que permita una mirada más *crítica* sobre la realidad y menos limitada sobre los problemas económicos y sobre el inmediato. En particular, se hace crucial la aportación teórica, cultural y pedagógica con referencia a las *cuestiones centrales*: el futuro de una democracia que hoy ya no mira a ser «de alta intensidad», el sentido de categorías claves, como *bien común*, *justicia*, *autoridad*, cimientos fundamentales de la política, las organizaciones y la estructuración ética de la economía y de la finanza; la reforma de las instituciones *nacionales e internacionales*. Como resulta del programa actual, la atención se concentra precisamente aquí, incluyendo dichas cuestiones vitales dentro del contexto eclesial y pastoral de una *nueva evangelización de lo social*.

Examinando algunos de los problemas conexos con los temas mencionados, se puede comprender mejor la tarea de la cual las Universidades y las Facultades deben hacerse cargo.

### *1. Universidad y nueva evangelización de lo social*

Dado el descrédito que actualmente aflige la política, sería verdaderamente difícil movilizar a los ciudadanos para empeñarse solo por razones de urgencia histórica, que tendría una aceptación ciertamente escasa. En esta fase, no obstante el nuevo interés de los jóvenes por el bien común, en general los ciudadanos están experimentando un notable sentido de náusea o de rechazo ante la política. Es necesario, entonces, apelarse a otras razones más profundas, menos contingentes, como por ejemplo aquellas ofrecidas por la misma estructura social y política del ser humano y por la fe. Son estas que permitirán la *refundación* de la política desde el punto de vista antropológico y ético.

La fe, con su *dimensión social*, constituye un primario y extraordinario punto *regenerador*. Sus potencialidades y su capacidad de movilización son ilustradas en el capítulo IV de la *Lumen fidei*,<sup>13</sup> la primera encíclica del Papa Francisco.<sup>14</sup> Actualmente, el empeño demanda heroicidad. Pocos se arriesgarían para entrar en la política y para cultivar una sólida esperanza, si no se hiciera apelo a las razones de una responsabilidad

---

<sup>12</sup> Cf BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2009 (= CIV).

<sup>13</sup> PAPA FRANCISCO, *Lumen fidei*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2013.

<sup>14</sup> Véase también PAPA FRANCISCO, *È l'amore che apre gli occhi*, Rizzoli, Milán 2013, pp. 55-56.

que deriva no solo del amor a Jesucristo, *quien ha venido para hacer nuevas todas las cosas*, sino también de la misma estructuración antropológica y ética de la persona humana.

La nueva evangelización de lo social,<sup>15</sup> a la cual se ha hecho mención hace poco, posee precisamente la tarea de explicitar la *dimensión social* de la fe, y se propone ayudar a los individuos y comunidades a vivirla, a experimentarla. Sin una clara percepción de esta dimensión no será posible sentirse protagonistas de una nueva *evangelización de lo social*.<sup>16</sup> Ni tampoco será posible desarrollar una *catequesis social* en las comunidades eclesiales y una adecuada *educación* a la y de la fe en los movimientos y en las organizaciones eclesiales o de inspiración cristiana. La nueva evangelización de lo social debe hacer comprender que un nuevo pensamiento político y una nueva proyectualidad son, en definitiva *posibles* y que, aun antes, de un atento estudio de los problemas, pueden nacer de un nuevo *encuentro* con Jesucristo y, de consecuencia, la *conversión*, de la nueva escala de bienes-valores que de ella derivan, en una palabra, de una *nueva espiritualidad*.

Así, deberá ser preocupación de las Facultades eclesiásticas, de las Universidades católicas y, también de los Seminarios, explicar que la Doctrina o Enseñanza social de la Iglesia (DSI o ESI) no es un impedimento para la fe. Esta no la desnaturaliza, no la obstaculiza en el encuentro con Jesucristo, Salvador y Redentor. Como saber interdisciplinar, la DSI *consiente a la fe* – además que a la teología, a la metafísica y a las diversas ciencias humanas – *de encontrar su colocación al interno de una colaboración pluridisciplinar al servicio del ser humano*. En otros términos, consiente a la fe de no ser simplemente profesada con la palabra, sino de ser *vivida y experimentada* como servicio a la persona y a la sociedad,<sup>17</sup> es decir, de llegar a ser fe «*adulta*». La DSI es instrumento y lugar imprescindible de educación a la fe.<sup>18</sup>

*Gracias a la DSI*, acogida, celebrada y anunciada, *los creyentes como simples ciudadanos o como personas empeñadas en la arena política*, podrán ser educados a la *vida nueva* en lo social de acuerdo a las exigencias del Evangelio.

## 2. Universidad y democracia

A propósito de la democracia, las Universidades, las Facultades y los Seminarios están llamados a dar su aportación bajo diversos aspectos, de acuerdo a su competencia, para hacer comprender y profundizar ante todo el estrecho vínculo existente entre teología moral y política, entre cristianismo y democracia. La *Caritas in veritate* señala

---

<sup>15</sup> Cf. A este propósito se puede leer: TOSO, M., *Nueva Evangelización de lo social*, IMDOSOC; México 2012.

<sup>16</sup> Informamos al lector que poco tiempo después de esta presentación fue publicada la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (2013) en cuyo cuarto capítulo se trata también la *dimensión social de la Evangelización*.

<sup>17</sup> Cf. *Caritas in veritate*, n. 31.

<sup>18</sup> Cf. *ib.*, n. 15.

la vía de un renacimiento intelectual moral, espiritual, cultural y proyectual, indicando el anuncio de Jesucristo como el encuentro transfigurador con Él, como el *primer* y *principal factor* de todo desarrollo incluido el desarrollo humano.<sup>19</sup> En una palabra, se trata de la vía de un *nuevo humanismo integral*, estructuralmente abierto a la Trascendencia, que consiente el retomar la relación fundamental entre teología y política, abandonado por una mentalidad secularista, pero, que está retornando prepotentemente al centro de la atención, requerido por las problemáticas relativas a la bioética y al sentido de la vida. Son las cuestiones referentes a los temas de la eutanasia, del aborto, de la manipulación genética, de las uniones de hecho y entre personas del mismo sexo.<sup>20</sup> Es tarea de las Universidades católicas y de las Facultades eclesiásticas presentar las *credenciales* de la religión cristiana en el ámbito público y el valor civilizador del cristianismo y del humanismo que siembra en los surcos de la historia, hacer comprender que la democracia no se reduce solamente a reglas procedimentales, sino que incluye una dimensión ética, como a su tiempo había enseñado la *Centesimus annus*.<sup>21</sup> Todas las Universidades, católicas y no católicas, están llamadas a ayudar a los ciudadanos y a sus representantes a trabajar por la superación de una democracia de «baja intensidad», hacia la cual inclina un neoliberalismo asediador que toca incluso diversos sectores del mundo católico, para poder encaminarse decididamente hacia la realización de una «democracia de alta intensidad», basada sobre una ciudadanía *activa* de todos. De aquí, la necesidad de ese *humanismo cristiano, trascendente* al cual ha llamado la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI. Entonces, es necesario preguntarse, si un humanismo semejante sea verdaderamente teorizado y vehiculado en nuestras Universidades y Facultades. ¿No sería necesario abandonar esa neutralidad, un verdadero exilio, en la cual a veces han sido confinados diversos cursos, en el nombre de

---

<sup>19</sup> Cf. *ib.*, nn. 8 y 18.

<sup>20</sup> Cf. M. TOSO, *Il realismo dell'amore di Cristo. La Caritas in veritate: prospettive pastorali e impegno del laicato*, Studium, Roma 2010, pp. 13-14.

<sup>21</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1991, n. 46. Nos parece oportuno señalar aquí en manera completa cuanto el Papa Juan Pablo II escribe sobre la democracia: «La Iglesia aprecia el sistema de la democracia, en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica. Por esto mismo, no puede favorecer la formación de grupos dirigentes restringidos que, por intereses particulares o por motivos ideológicos, usurpan el poder del Estado. Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana. Requiere que se den las condiciones necesarias para la promoción de las personas concretas, mediante la educación y la formación en los verdaderos ideales, así como de la «subjetividad» de la sociedad mediante la creación de estructuras de participación y de corresponsabilidad. Hoy se tiende a afirmar que el agnosticismo y el relativismo escéptico son la filosofía y la actitud fundamental correspondientes a las formas políticas democráticas, y que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza no son fiables desde el punto de vista democrático, al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos. A este propósito, hay que observar que, si no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia».

un falso concepto de laicidad del saber? ¿Se apoya verdaderamente sobre bases científicas la afirmación que, para hablar en modo más apropiado de la política y de la democracia, las disciplinas humanistas puedan partir indiferentemente de antropologías de cualquier extracción cultural?

Respecto al actual *déficit* de política y de democracia, de acuerdo al Cardenal Bergoglio, la *vía de salida* es la de la recuperación de una vida democrática,<sup>22</sup> comprendida sobre todo como la vida *intensamente* participada de un *pueblo*, que se piensa y se construye al interno de un cuadro institucional preciso. Debe existir un lugar de empeño y de discusión para superar los obstáculos que se interponen a la realización del bien común, un lugar entendido como vivir juntos en la *fraternidad* y elaborar un proyecto compartido, fundado sobre aquellos bienes-valores que, en definitiva, tienen su origen en Dios. Dos son los pilares de la renovación auspiciada: *el pueblo*, sujeto compacto y creativo y un *proyecto político* integrativo, que no excluya a nadie, construido sobre una visión del desarrollo que sea completo y sostenible para todos.

La democracia, que los pueblos están llamados a cultivar – como acentuado anteriormente – no debe estar caracterizada por niveles crecientes de pobreza, por ausencia de proyectos estratégicos de desarrollo y de inserción en la vida internacional, de maximalismos del tipo «o todo o nada», que terminan por descuidar los verdaderos problemas, como la convivencia, la estabilidad, la gobernabilidad, la necesaria tranquilidad de la vida democrática y, no en último lugar, el crecimiento económico, el trabajo y la seguridad para todos.<sup>23</sup>

Es necesario tender hacia una democracia «de alta intensidad», es decir, sustancial fuera de ser representativa, *participativa* y cada vez más extendida sobre el plano *social*.<sup>24</sup> La verdadera democracia presupone libertad, igualdad, justicia social, desarrollo integral para todos.

Es prioritario su desarrollo en la realidad viva de un *pueblo*, entendido ante todo como *unión moral de personas*, las cuales reunidas por la fe, tradiciones, *ethos*, culturas multiformes, pero capaces del diálogo, son dirigidas a la realización de su bien común, trascendiéndose y colaborando las unas con las otras. La democracia no es nunca neutra desde el punto de vista ético. No se agota, como en parte han sostenido Hans Kelsen y Karl Popper, en un conjunto de reglas que permiten la creación del ordenamiento jurídico, en una informada y consciente elección de los gobernantes, así como en su pacífica alternancia. La democracia subsiste cuando las reglas procedimentales –

---

<sup>22</sup> Para comprender el concepto de democracia que los católicos han de recuperar, además de la lectura de la *Centesimus annus* apenas citada, puede ser útil retomar en mano la obra de PIETRO PAVAN, *La democrazia e le sue ragioni* (reedición de la Editorial Studium, Roma 2013, con prefacio de M. Toso). Pietro Pavan, creado cardenal por Juan Pablo II, es el desarrollador material de la *Pacem in terris* de la cual estamos celebrando el 50º aniversario. Para componer el borrador de la *Pacem in terris*, que presentó a Juan XXIII, retomó numerosos elementos de su obra *La democrazia e le sue ragioni*, editada en 1958.

<sup>23</sup> Cf *Noi come cittadini, noi come popolo*, pp. 31-32.

<sup>24</sup> Cf *ib.*, p. 32.

importantes sí, pero no suficientes – están animadas por ciudadanos orientados interiormente por un *dinamismo* de verdad y de bondad, que desemboca en la amistad social.

Para la sobrevivencia de la democracia, especialmente en contextos de pluralismo desvariado, según Bergoglio no basta potenciar esos mecanismos institucionales, que maximizan la posibilidad de discusión, la continua corrección de las decisiones, la información sobre las decisiones de interés común y la publicidad del debate. La democracia actualmente está llamada a decidir sobre cuestiones capitales concernientes a la vida, a su generación, a la muerte, la libertad, la justicia social, la paz, el ambiente, el agua. Ello requiere juicios morales que deben reformularse de acuerdo al bien de los individuos y de los pueblos. Por lo tanto, es fundamental que todos se dejen guiar por la conciencia del propio *telos* humano, es decir, por una visión integral del bien, descubierta en el encuentro de las culturas y concretizada al interno de un *utópico horizonte común*. La democracia se funda sobre la *experiencia* de un recorrido a partir de una visión emancipadora, en una vivencia de fraternidades cotidianas, de generosidad de ser y de don sin contraparte, preservadas de la masificación. Es a este punto más que evidente la *dimensión experiencial* del pensamiento político del Cardenal argentino, que, siendo precisamente de un *realismo crítico, reflexivo*, se vale de una *razón integral*, que es también especulativa y práctica.

### 3. *Universidad, bien común y justicia social*

La democracia tiene diversos enemigos. Ante todo, el *primado del individuo* y de lo particular, quienes desearían estar por encima de todo y de todos, a continuación el *primado de la ratio* sobre la *intellectio*, y el *individualismo* que de ello deriva: un individualismo libertino, hedonista, consumista, sin un horizonte ético. Dicho individualismo asocial y amoral infecta frecuentemente el comportamiento de sectores o fragmentos de nuestra sociedad que no se reconocen en un todo que las une, en un horizonte utópico compartido. Ello impide el *hacerse pueblo*, de vivir la cultura del encuentro y del dialogo, sobre bases de comunión y de don recíprocos. Pregunta, crítica, moraliza, no aporta, no apuesta, no arriesga, no impulsa a «ponerse en riesgo» por los demás.<sup>25</sup>

Entre los enemigos de la utopía de la democracia han de incluirse el *coyunturalismo* y las *visiones miopes*, que, fijando el presente como única dimensión del tiempo, no consiente una visión prospectiva y estratégica de largo alcance, y colocan la *ocupación de espacios* – vivida sin finalidades trascendentes – como fin último de la actividad política, social y económica.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> Cf *ib.*, p. 44.

<sup>26</sup> Cf *ib.*, p. 53.



Sin embargo, no se ha de olvidar – se lamenta el Cardenal Bergoglio –, también el fenómeno de la *espectacularización o mediatización de la política*, que no raramente hace surgir *leadership* inconsistentes, producidas por campañas publicitarias martilleantes y dispendiosas.<sup>27</sup>

Otro enemigo de la democracia es el *primado de la economía sobre la política*, así como la ideología de la ganancia inmediata, a la cual la política ha contribuido liberalizando los mercados pero que ahora parece no estar en grado de controlarlos adecuadamente.<sup>28</sup>

La absolutización de la ganancia a corto plazo desestructura la economía real,<sup>29</sup> crea disparidad que afectan los pilares de la democracia sustancial, representativa, participativa y social.<sup>30</sup> El libre mercado cuando no está oportunamente regulado por la política y por los diversos sujetos sociales, puede llevar a su decadencia. Por el contrario, la economía de mercado puede favorecer la democracia «de alta intensidad», si sabe vivir la justicia en todas sus acepciones.<sup>31</sup>

En vista de una democracia más completa, las Universidades y las Facultades de ciencias sociales y políticas están llamadas, en particular, a educar para un enfoque crítico respecto del ya citado *neoliberalismo*, que, en último análisis, vacía de contenidos, tanto el bien común, como la justicia social. Esta teoría, que cuenta entre sus sostenedores al economista austriaco Friedrich von Hayek, sugiere una concepción de la democracia que podremos definir mínima o prevalentemente procedimental, ya que afirma que, para ser auténtica, la democracia no debería ponerse finalidades de justicia social.

Von Hayek retiene que, la expresión justicia social está «completamente vacía de sentido»,<sup>32</sup> como vacías estarían las expresiones «bien común» y «bien general». En síntesis, de acuerdo a Von Hayek, la democracia se extralimita de las propias tareas y está destinada a un inevitable declino, cuando se replantea de realizar la justicia social, de garantizar los derechos sociales y económicos, porque estos estarían privados de un real fundamento.

Para promover la justicia social, actualmente es necesario que las Universidades católicas y las Facultades eclesásticas de ciencias sociales contribuyan, en particular a una seria reflexión sobre la *unitariedad* de la economía mundial y sobre la globalización de la economía social, además de la reflexión sobre aquellas posiciones culturales post-

---

<sup>27</sup> Cf *ib.*, p. 54.

<sup>28</sup> Cf *ib.*, p. 31.

<sup>29</sup> Cf *ib.*, p. 31.

<sup>30</sup> La misma *Caritas in veritate* subraya como en el contexto de la globalización mientras crece la riqueza mundial en términos absolutos, también aumentan las disparidades (cf n. 22).

<sup>31</sup> Sobre esto véase al menos J. E. STIGLITZ, *Il prezzo della diseguaglianza. Come la società di oggi minaccia il nostro futuro*, Einaudi, Turín 2013.

<sup>32</sup> Cf *Caritas in veritate* n. 37

<sup>32</sup> Cf F. A. VON HAYEK, *Legge, legislazione e libertà. Critica dell'economia pianificata*, Il Saggiatore, Milán 2010, p. 183.

modernas por las cuales la ética pública es meramente procedimental y la concepción de la justicia es formal. No debemos cansarnos de preguntarnos por qué motivo, no obstante se hable en continuación de economía globalizada, no sea profundizado también el discurso sobre la *unitariedad* de la economía mundial, evidenciando las implicaciones sobre el plano de la *justicia social*. Lo exige la cada vez mayor interdependencia de las políticas, de los factores productivos, de los sectores económicos, del uso de los recursos, de los salarios mismos, dado que la conveniencia a invertir capitales donde el costo de la mano de obra es muy bajo hace detonar, a escala mundial, una indebida competencia salarial y comercial. ¿Cómo es posible que no se advierta la urgencia de realizar la justicia social en las transacciones financieras y comerciales,<sup>33</sup> en el plano del destino universal de los bienes materiales, técnicos cualitativos, y de las oportunidades sociales y culturales?

Evidentemente, si se admite la unitariedad de la economía y de las finanzas, y su *función o utilidad social*, de frente a las recurrentes crisis determinadas por la especulación y la absolutización de la ganancia, es necesario recuperar el *primado de la política* y pensar seriamente en una nueva arquitectura institucional y jurídica, en grado de realizar con métodos democráticos, y además participativos y subsidiarios, la justicia social relativa al bien común mundial, en sus aspectos distributivos y contributivos.

#### 4. *Universidad y autoridad política*

La autoridad no solo aparece erosionada a nivel nacional, sino que viene cada vez menos comprendida y practicada como facultad de comandar de acuerdo a la razón. Es prevalentemente concebida como ejercicio de *poder*, de *dominio*, desvinculado del orden dado por la ley moral natural. La crisis que la afecta es tan profunda y radical que la noción misma de autoridad ha casi desaparecido del todo y con ella su dimensión antropológica y ética. Las consecuencias que de ello derivan no son pocas. Entre otras se pueden mencionar el progresivo vaciamiento de los contenidos morales del Estado de derecho o, por el contrario, su absolutización, para lo cual llega frecuentemente a ser ideológico, arbitrario, sumiso a impulsos culturales que, rechazando el metro de una razón integral, son inevitablemente portadores de instancias parciales que no aceptan ser cuestionadas.

Si la democracia no quiere ser presa de agnosticismos o relativismos escépticos, que la entregan a totalitarismos abiertos o dolosos (cf. *Centesimus annus* n. 46), es necesario que la autoridad política no sea autorreferencial y vuelva a encontrar su vínculo con la ley moral natural. En tal modo puede volver a apropiarse de su medida ética también el elemento metodológico de la democracia, representado por el *principio*

---

<sup>33</sup> A este respecto, el Pontificio Consejo «Justicia y Paz» ha buscado de dar inicio a la reflexión en “Por una reforma del sistema financiero y monetario internacional en la prospectiva de una Autoridad pública con competencia universal”, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2011.

o el *criterio de la mayoría*. Solamente así pueden ser evitados los fenómenos de la *dictadura* tanto de las mayorías como de las minorías.

La racionalidad y la conformidad con el orden moral son esenciales a la autoridad política. La racionalidad la obliga a constituirse y a ejercitarse, en su verdadera soberanía y en su universalidad relativas a la comunidad a la cual corresponde, no como fuerza bruta ni como fuerza que nace y se constituye en virtud de un hecho histórico casual, sino como *potestad o facultad de comandar de acuerdo a la razón*.

Solo manteniéndose fiel a los lineamientos de la racionalidad y de la conformidad al orden moral, la autoridad puede ser realmente ministerial a la persona, a la sociedad civil, y al bien común.

Sin embargo, no se debe olvidar que la plena moralidad del ejercicio de la autoridad no está dada por la fidelidad a un *ordo rationis* abstracto, y mucho menos por la propiciación de un buen estado de cosas cualquiera (ética teleológica), sino por establecer acciones o procurar condiciones que concurren *efectivamente* a la actuación del bien humano en Dios. Es decir, la bondad moral de la autoridad no deriva de la promulgación de leyes perfectas, que sin embargo difícilmente pueden ser observadas por la mayoría de los ciudadanos. Ni tampoco deriva de leyes exclusivamente centradas sobre algunos aspectos de la existencia, como el simple bienestar material, descuidando aquellos relativos al espíritu y a la esencia relacional de la socialidad, como la familia natural. La plena moralidad del ejercicio de la autoridad ha de procurarse sobre la base de un conocimiento histórico no dejado a sí mismo, sino continuamente monitorado por una racionalidad especulativa y práctica, que juzgue la coherencia entre consciencia histórica y ser humano, entre reivindicación de los derechos y dignidad de la persona humana. Gracias a tal consciencia histórica vigilante y crítica, los falsos derechos son desenmascarados como traducciones distorsionadas y mentirosas de la dignidad humana, extrañas a sus exigencias más profundas.

Más concretamente, el Estado de derecho recibe la medida de su eticidad y laicidad del *exterior*, de la sociedad civil pluralista, sí, pero armónicamente convergente. No la puede asumir de un puro conocimiento racional, cuidado y protegido mediante una filosofía totalmente alejada del contexto histórico. No existe, en efecto, una pura evidencia racional independiente de la historia. En particular, el Estado laico de derecho recibe su sustento de preexistentes tradiciones culturales y religiosas vividas críticamente, como ha enseñado Benedicto XVI, y no de una razón desnuda. Lo recibe concretamente de una razón, que, actuándose de acuerdo a diversos grados del saber, madura al interno de prácticas y de instituciones a ella favorables, en la forma histórica de las creencias religiosas que mantienen vivo el sentido ético de la existencia y de su trascendencia.

## 5. Conclusión

He aquí trazados muy sintéticamente algunos vínculos culturales, en torno a los cuales las Universidades católicas, las Facultades eclesiásticas y los Seminarios deberían cimentarse en vista de su apoyo a la formación de nuevas generaciones de católicos comprometidos en la política pero también a la de guías espirituales. Aquí no ha sido considerado el necesario acompañamiento que estas guías están llamadas a ofrecer para promover el nacimiento de nuevas experiencias de participación política mediante los medios digitales, la «ciudadanía activa» y las múltiples experiencias de formación y de experimentación de la Doctrina social de la Iglesia.

Es por tanto necesario que las universidades católicas, las facultades eclesiásticas y los seminarios no olviden los diversos aspectos ya mencionados.